

Emilia

*Desde la India hasta la Francia,
el sol no ve más que una familia
inmensa que debía regirse por las
leyes del amor.*

VOLTAIRE.

*Todos los hombres son iguales.
No hay otra diferencia entre ellos
que las virtudes que poseen.*

BUDHA.

INTRODUCCIÓN

I

Ley soberana a cuyo influjo santo
rinde la humanidad culto ferviente;
ven a inspirar mi canto
hoy que al recuerdo de ominosos timbres
late un rayo de luz sobre la frente.
¡Oh, progreso eternal! Tú que eslabonas
las más distantes y apartadas greyes;
que adunas por el Bien todas las zonas;
tú que ofreces abrigo
a los que visten púrpura de reyes
o andrajos miserables de mendigo;
tú que horadas el monte, cruzas mares
y abres veneros de bondad sin cuento;
tú que llevas de un lar hasta otros lares
la portentosa voz del pensamiento;
tú que hasta Dios caminas²
por medio de la Ciencia,
brinda a mi plectro ritmo vigoroso

² Debería ser “majestuoso”.

y haz que, al suave crepúsculo del verso,
la verdad ilumine a la conciencia!...

II

Yo te imagino caminante erguido,
de férrea planta, alientos incansables,
cuya marcha veloz no ha detenido
el surco del olvido
que dejaron los tiempos inestables.
Y cuánto, cuánto caminar te han visto
las edades remotas!
¡Cómo, perpetuo Cristo,
viste caer emporios de riqueza,
derrumbarse naciones,
sin que abatir osaran tu cabeza
coronada de fúlgidos crestones,
el hacha del tirano,
del craso error los genios infernales,
ni en fragoroso océano
do se agitaron en tumulto informe
cien tormentas sociales!...

De la creación del Sinaí sagrado
fuiste el Moisés divino
que al pueblo atribulado
condújole del bien por el camino...
De allí parece que Jehová guardaba
a tu hermosa labor mejores días
redimiendo la tribu de Judea,
aunque en cruel holocausto de la Idea
necesitara el Gólgota un Mesías.

De entonces acá la humanidad doliente
traspone lindes sin que a nadie asombre,
marcha a su fin sin doblegar la frente,
audaz trabaja libertando al hombre;
y en tanto que perdura

en alcanzar la ambicionada meta
llevas, Progreso, cual marcial guerrero,
en tu diestra la lira del Poeta,
en tus hombros la azada del obrero!

III

Disipóse el error; marcó la hora
de redención la historia infatigable
en el recuerdo; fúlgida la Aurora
de un nuevo Sol alumbra el insondable
abismo do libraron cruda guerra
el tirano, vampiro miserable,
la libertad, consuelo de la tierra.

Mas aún falta; una raza perseguida,
proscrita en el concierto
que forma la social humana vida,
sin fe, sin rumbo y ya desfallecida
boga en esquife hasta inseguro puerto...
No encuentra amparo en la rizada ola,
no puede anclar por el fragor del Noto
y así, extraviada, delirante y sola,
anhela en vano porvenir ignoto.

La torpe vanidad y el rango necio
grabaron sin dolor en su semblante
la metálica plancha del desprecio,
del orgullo el estigma vergonzante.

¿Y quién la proscribió? ¿De qué vil trono
la sentencia emanó que la condena
a mísero abandono,
a inacabable pena?

¿Quién fue osado a romper los lazos tiernos
que prescribió el Creador de los mortales
cuando en los libros del Amor eternos
dijo a los hombres: “todos sois iguales”?
¿El color de la piel?... ¡cuánta miseria!

Una línea, un perfil, no arguyen nada:
la misma sangre afluye por la arteria,
la misma chispa asoma en la mirada.
Una es la fe que de diversos modos
lleva hasta Dios a la infeliz criatura:
un mismo sol el que nos baña a todos
desde la cuna a la honda sepultura!

IV

Honradez y virtud. ¡Cuánto preciosas
son en aquel que guarda inmaculadas
joyas tan primorosas,
reliquias tan sagradas...

La casta esposa y el sencillo amante,
la tierna madre que en la cuna entona
cántiga sollozante
al hijo de su amor y su ventura...

¿valen menos tal vez porque distintas
sean de su piel las líneas y tersura?

El humano talento
que astros brillantes como Jove crea;
el docto pensamiento,
globo de luz en que ascendió la Idea;
las bellas concepciones
que con numen fecundo
grabaron sobre el lienzo cien varones,
asombro y prez del mundo;
y estas estrofas que del alma vierto
en pro del negro, a quien titulo hermano,
¿son discordante nota en el concierto
universal? ¿Tal vez porque la mano,
que las trazó con tinta de violeta
no fuera sonrosada,
han de perderse en la impalpable nada
el creador, y el poeta?...

¡ADIÓS!

V

La tarde está sombría,
gime en el bosque el ave plañidera
y a los vagos crepúsculos del día
parece que el collado y la pradera
se bañan de letal melancolía.

Febo recoge su turbante de oro
en los lejanos montes,
dice adiós a la tarde enamorada,
y va a dar, al calor de su mirada,
beso de luz a extraños horizontes.

Y en tanto que su luz tenue, indecisa
se deslíe en colores;
en tanto que llevando va la brisa
sus últimos mensajes a las flores,
una niña gentil, junto a la falda
del Luquillo, (*)³ cuajado de esmeralda
y gotas diamantinas de rocío,
gozábbase, tejiendo una guirnalda
de algas y flores que le trajo el río.

Es de angélico rostro, talle breve,
seno turgente que al amor provoca,
ojos sin sombra de pesar aleve,
cuello nítido y blanco cual la nieve,
negra la trenza, de clavel la boca.
Bajo corpiño de color oscura
aprisiona la forma peregrina...
gracias esparcen en redor sus huellas,
y, cuando cruza el valle o la colina,
ante el suave fulgor de su hermosura
parpadean de celos las estrellas.

³ Aparece como una nota al calce. (*) Sierra de Puerto Rico.

VI

De pronto, dominando la campiña
y en el ángulo opuesto surge un mozo:
-¡El!-murmuró con inquietud la niña;
-¡ella!- dijo el doncel con alborozo.

Míranse al par los dos; él se adelanta
con insegura planta,
como quien teme desdeñoso agravio,
y, al llegar a su lado, así la dice,
tímida el habla, balbuciente el labio:
-Ha tiempo, niña amada,
que te persigue mi ardoroso anhelo;
que soñó mi ambición aún no colmada
hallar en ti la claridad del cielo.

Tiempo ha que, llorando mi tristeza,
sólo al cielo confío mis enojos
e inclino mustiamente la cabeza
ante la luz de tus hermosos ojos.

Sé que no te merezco... mi destino
a condición humilde me sujeta...
Y aunque llevo en la frente ese divino
destello con que Dios besó al poeta,
Dura la sociedad me ha condenado
a callar este amor que es fe perdida
porque tengo el semblante bronceado...
¡porque soy de una raza maldecida!

VIII⁴

Así la habló, y en tanto que doliente,
cayó, absorto y turbado, de rodillas,
como aljófara luciente

⁴ Se supone que sea la parte VII, pero aparece como VIII.

dos lágrimas surcaron sus mejillas.
Llanto de amor, emblema de heroísmo
que a descifrar no llegan
los que al odio de un bárbaro egoísmo
con impiedad se entregan.
Llanto que comprendió la niña hermosa
pues, atendiendo al singular reclamo,
con voz ferviente, suave y cariñosa,
dijole:
-Yo te amo,
y ha tiempo que soñé que era tu esposa!
.. .. .

IX

Los que de la existencia en la alborada
hayáis tenido pálida la frente,
melancólica, enferma la mirada,
vaguedades extrañas en la mente;
los que contado habéis hora por hora,
lleno de angustia y de opresión el pecho,
esas noches de fiebre abrasadora
en que buscando paz fuisteis al lecho
y os sorprendió sin paz la nueva aurora;
los que de tarde, a orillas de la ría,
creyéndooos ya sin calma,
murmurasteis muy quedo: ¡amada mía!
y en un soplo fugaz se escapó el alma;
los que en muda abstracción de la conciencia
al influjo tenaz de esa vehemencia
que a un tiempo mismo es éxtasis y anhelo,
de vuestro amor hacéis la confidencia
al mar, al bosque, al cielo;
los que esperando un ¡sí! nuncio de vida,
o un ¡no! temiendo, sílaba que mata,
hayáis tenido el alma suspendida

de los labios carmíneos de una ingrata...
figuraos podréis lo que sintiera
el galán de mi cuento,
cuando la niña respondió hechicera
con aquella explosión de sentimiento.

Sólo decir podré que poco a poco,
del estupor a la alegría pasando,
permaneció en silencio como un loco
que va, por grados, la razón hallando.

Y luego que hubo su emoción vencido,
usando el tono grave de un tribuno
aquél, ya un *convencido*,
derramó estos conceptos, uno a uno,
de la inocente niña en el oído:

–Tu amor me impone un sacrificio austero
y a él con valor mi voluntad se entrega.
Fuerza es decirte adiós... al extranjero
he de pedir, en afanosa brega,
cuanto Borinquen infeliz me niega.

.....

Y mientras que la niña pesarosa,
cual ave herida, la cabeza hundía
entre los brazos trémulos del mozo,
éste, inspirado por secreto gozo,
después de breve pausa, proseguía:

–Yo lucharé por alcanzar un nombre
digno de tu cariño,
y entonces vendrá el hombre
a cumplir la promesa que hizo el niño.

.....

X

A ambos, hablando de mentiras bellas
y vagas ilusiones,
sorprendióles el toque de oraciones

de una ermita lejana.
Alzando a Dios las manos y los ojos,
con fe amante y cristiana,
cayeron ambos, a una vez, de hinojos
cabe al monte empinado...
y al jurarse con íntimo embeleso
eterno amor, los ecos del collado
fueron testigos del nacer de un beso.

¡MUERTA!

XI

Luciano –así se llama
aquel a quien Emilia espera y ama–
cruzó climas sin cuento
en pos de la Fortuna y de la Gloria,
voltarias o impalpables como el viento,
benignas o insultantes cual la Historia.
Mil obstáculos halla en el camino,
mil veces la traición encontró al paso;
mil veces, peregrino,
fue su pan ¡cuán escaso!
su albergue ¡cuán mezquino!
No obstante él lucha con febril antojo
y si la duda acaso le atormenta,
pronto reprime su escondido enojo
el recuerdo de Emilia que le alienta.
Que cuando trabajamos incesantes
por realizar un ideal querido
los más tristes instantes
dállos el hombre a perennal olvido.
No importa que la máquina desmaye
ante ruda labor; el hombre fuerte,
de valerosa idea,
aún a los bordes de la misma muerte,
cuando vencer no puede, forcejea...!

XII

Al cabo de seis años,
perseverante, intrépido y audace,
triunfó de los amaños
que ha de encontrar doquiera
aquél que pobre y desvalido nace
y en estudiar se empeña una carrera.

Su talento y afán campo le abrieron
y, ya a la conclusión de la batalla,
gloria y aplausos y laureles halla
en aquellos que ayer luchar le vieron.

Canta entonces con plectro vigoroso
y al escuchar sus épicas canciones
el mundo –ese coloso–
le saluda con ricas ovaciones.
Demostrando este caso,
no forjado en quiméricos ensueños
que a los grandes el mundo ábreles paso
cerrándolo inflexible a los pequeños.

XIII

Oh! cuánta dicha en breve
ha de sentir Luciano
cuando, al tornar ligero
al hogar de su padre, pobre anciano,
el pan honrado de su amor le lleve.
Y cómo Emilia de placer henchida
le estrechará contra su pecho amante
sintiendo renacer toda una vida
en su alma delirante.

Pero entretanto que el mancebo vuela
por alcanzar tan merecidos dones,
traspongamos nosotros las regiones
que nos separan del edén riqueño

y veamos si tan bellas ilusiones
son feliz realidad... o sólo un sueño.

XIV

Emilia, desde el día
en que su amor jurara,
a sentir comenzó melancolía
y fuerza fue que su pasión contara
al hombre a quien la vida le debía.

El padre oyó la confesión sin pena
y luego que hubo la niña concluido,
trémulo de coraje
cual si inferido hubiéranle un ultraje,
se expresó de este modo:

–Si esa ilusión no dieras al olvido
mi nombre arrojarías en el lodo...
Mi honor, mi dignidad y mis creencias
son para ti un arcano;
pero advierte que existen diferencias
hondas, muy hondas, entre tú y Luciano.
Justa la sociedad, sus condiciones
a unos y otros tiene señaladas.
Democracia, igualdad... son opiniones
modernas, pero erradas...
No me vuelvas a hablar de esa congoja
si no quieres, Emilia, que te riña
y tu demanda con rigor acoja...
... Y, así diciendo, se marchó y la niña
quedó temblando como débil hoja.

Golpe tan cruel hirióla en un momento,
que no pudo llorar, sufrió un desmayo,
y cayó sobre el duro pavimento
como palma quemada por un rayo.

En vano, ¡cruel! te esforzarás inquieto
al mirar de tu hija la agonía,

suplicando a la ciencia su secreto
para curar a la que heriste un día.

En vano, en vano llorarás mañana
tu gran error, tu proceder impío...

Ella se agostará cual la temprana
flor trasplantada a páramo sombrío.

El veneno sutil que derramaste
en su alma virginal, lento, muy lento
irá minando su existencia triste;
y, para duelo tuyo, cada aliento
que se escapa, vital, del alma pura
de la que, ciego, heriste...

hará ver a tu negro pensamiento
que la pasión primera no se cura...!

XV

Así en verdad aconteció. Una tarde,
cuando el sol descendía al oceano,
también Emilia descendió cobarde
a la tumba... Y es fama que Luciano,
del montecillo enhiesto en la vertiente,
invoca por las tardes a su amada
lanzando, sin consuelo, del demente
la histérica y ruidosa carcajada...¹

¹ Francisco Gonzalo (Pachín) Marín, *En la arena*, José Rosabal Rosales y Modesto A. Tirado (Prologuistas), Manzanillo (Cuba), El Arte, 1944; pp. 139-159.